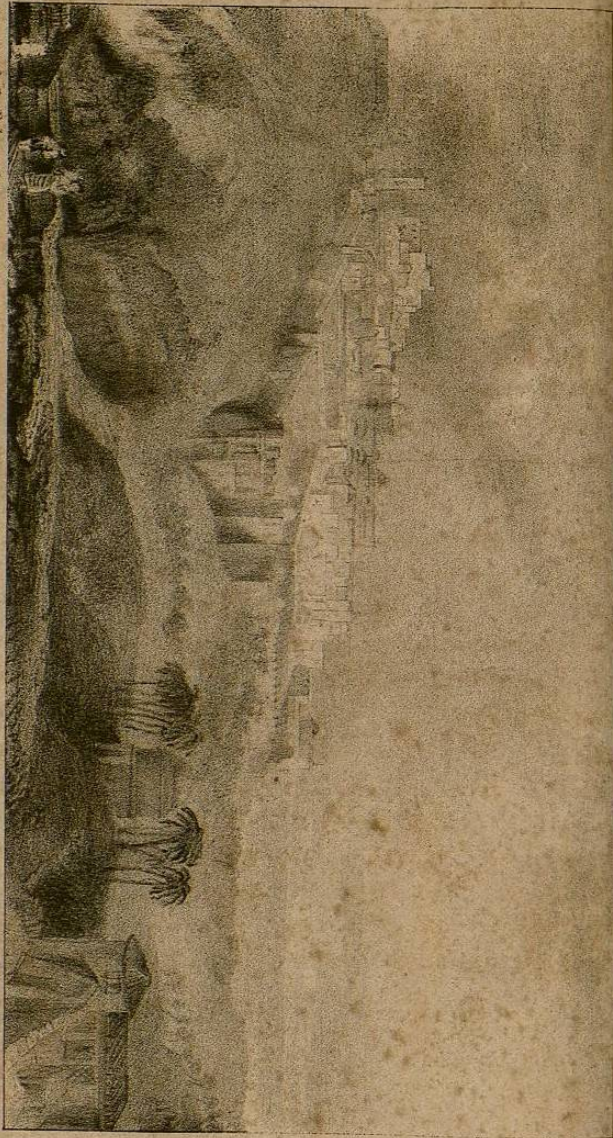


Vista de la ciudad de Jafa, la antigua Joppe de la Biblia



CAPÍTULO I.

JAFFA.

„**E**L célebre literato Chateaubriand para satisfacer sus sabios y religiosos deseos, proyectó y verificó un viaje á Grecia y Palestina. El primer tomo de su Itinerario es relativo á sus escursiones literarias, hechas en el pais de los inmortales griegos: el segundo está destinado casi todo á la Tierra Santa y al Egipto. Embarcado en Constantinopla se hizo á la vela para la costa de Siria, y en la travesía vió de lejos algunas islas celebradas en la antigüedad, estuvo en Rhodas pocas horas y se volvió á embarcar; y á los cinco dias estando ya cerca de la tierra, blanco de sus deseos, empieza el célebre viajero á hablar de los primeros objetos que se le presentaron á

cierta distancia pertenecientes al país que lo había arancado de Europa.”

El tiempo era tan hermoso y el aire tan templado, que todos los pasajeros pasaban la noche sobre el puente. El 3o de setiembre, estando yo durmiendo aun á las seis de la mañana, me despertó una confusa gritería: abrí los ojos y ví á todos los peregrinos que miraban hácia la proa del navío; pregunté qué era aquello, y me respondieron: Señor, el Carmelo! Se había levantado el viento el dia anterior á las ocho de la noche, y durante ella habíamos llegado á vista de las costas de Siria. Como me había echado vestido, me levanté al instante y dije que me enseñasen aquel sagrado monte. Todos se apresuraban á señalármelo con la mano; pero no podía verlo, porque los rayos del sol que salía ya por el oriente me daban de cara. Aquel instante era no menos respetable que agosto por su religiosidad: todos los peregrinos tenían el rosario en la mano, guardaban el mas profundo silencio, y ni aun se atrevían á mover, aguardando se descubriese la Tierra Santa: los papás rezaban en voz alta, y solo se oía este ruido y el del navío que con viento bonancible caminaba en aquel hermoso mar. De cuando en cuando se volvía á ver el Carmelo, y todos gritaban entonces de alegría hácia la proa. En fin, yo mismo descubrí este monte semejante á una mancha redonda debajo de los rayos del sol: entonces me arrodillé segun el uso de los latinos. No sentí en mí aquella especie de inquietud que tuve cuando descubrí las costas de Grecia; pero al ver el país originario de los israelitas y la patria

de los cristianos, me sentí penetrado de respeto y temor. Iba á desembarcar en la tierra de los milagros, donde tuvo origen la mas sublime poesía, en aquellos parages donde, aun hablando humanamente, se verificó el suceso mas admirable de cuantos han mudado la faz del universo, cual fué la venida del Mesías: iba á tocar en aquellas costas, que como yo recorrieron Godofredo de Bouillon, Raymundo de S. Giles, Tancredo el Bravo, Roberto el Fuerte, Ricardo Corazon de Leon, y aquel San Luis, cuyas virtudes fueron admiradas por los mismos infieles. Siendo yo un peregrino desconocido, ¿cómo me atreveré á pisar aquella misma tierra ennoblecida con tan ilustres peregrinos?

A medida que nos acercábamos y se levantaba el sol, se descubria mas y mas la tierra. La última punta que divisábamos á lo lejos y á nuestra izquierda hácia al norte, era la punta de Tyro; se seguía luego el cabo Blanco, San Juan de Acre, el monte Carmelo, y á su falda la ciudad de Caifa, Tartura, antes Dora, el Castillo-Peregrino y Cesarea, cuyas ruinas se ven aún. Jafa debía estar bajo la misma proa del navío, pero aun no se la veía. Despues iba bajando suavemente la costa hasta el último cabo hácia el mediodia, donde parecia desvanecerse: allí comienzan las costas de la antigua Palestina que van á juntarse con las de Egipto, estando ambas casi al nivel del mar. La tierra, de la cual podíamos distar unas ocho á diez leguas, parecia en lo general blanca con fajas negras, efecto de las sombras: nada resaltaba en la línea oblicua que venia á formar de norte á mediodia, ni

aun sebresalia el monte Carmelo, pues todo formaba como una superficie igual y mal pintada.

„El viento nos faltó al mediodia; pero se levantó de nuevo á las cuatro de la tarde. La ignorancia del piloto fué causa de que pasásemos mas allá de nuestra direccion, de manera que á toda vela caminábamos hácia Gaza, cuando algunos peregrinos, que conocian la costa, echaron de ver la equivocacion, con lo que se viró de bordo, en lo que se perdió algun tiempo y llegó la noche. Ya nos acercábamos á Jafa, y aun se veían las lúmbres de la ciudad, cuando volviendo á soplar de recio el viento de noroeste tuvo miedo el capitan, y no atreviéndose á buscar la rada de noche, volvió la proa y salió á alta mar.

Estaba yo recostado sobre la popa, y me desesperaba de verme alejar de la tierra. Media hora despues, ví á lo lejos como la reverberacion de un incendio sobre la cima de una cordillera de montañas, que eran precisamente las de Judea. La luna, que era la causa de aquella especie de fenómeno, descubrió bien pronto su espaciosa é inflamada faz por encima de Jerusalem. Parecia que una mano benéfica elevaba aquel faro sobre la cumbre de Sion, para guiarnos á la Ciudad Santa.

Al otro dia, miércoles primero de octubre al amanecer, nos hallamos abatidos á la costa casi enfrente de Cesarea, y nos fué necesario bordear hácia el mediodia, bien que teniamos viento favorable aunque corto. A lo lejos se veían las montañas de Judea formando una especie de anfiteatro. Desde estas montañas hasta la orilla del mar corria una espaciosa llanura en la que apenas se des-

cubria alguna tierra cultivada, ni mas habitacion que un arruinado y gótico castillo con un minareto abandonado. La orilla del mar la formaban tajadas, amarillentas y negras rocas, contra las que venian á estrellarse las olas haciendo espantoso ruido. El árabe vagabundo recorre esta horrorosa y desabrigada costa: sigue con ansiosas miradas al buque que descubre hácia el horizonte, esperando aprovecharse de los despojos de su naufragio en aquella misma tierra, en la que Jesucristo mandó dar de comer al hambriento y vestir al desnudo.

A las dos de la tarde volvimos en fin hácia Jafa: ya nos habian divisado desde la ciudad y enviaban un barco que nos guiase al puerto, y en él envié á Juan para que llevase las cartas de recomendacion que me habian dado los comisarios de Jerusalem en Constantinopla para los religiosos de Jafa, á los cuales escribí tambien dos letras. Una hora despues de haber partido Juan anclamos delante de Jafa, dejando la ciudad al sureste, y el minareto de la Mezquita al este cuarto sureste. Señalo aquí el rumbo del compás por una razon de bastante importancia: los buques latinos se enmaran mas, con lo que se hallan sobre un banco de rocas que pueden cortar los cables; pero los buques griegos se acercan mas á tierra, con lo que tienen un fondo menos peligroso entre la dárse-na de Jafa y el banco de rocas.

Jafa es solo un miserable pueblo compuesto de casas colocadas en anfiteatro en la vertiente de una elevada costa. Las desgracias que frecuentemente han afligido á esta ciudad han multiplicado sus ruinas. La circuye

por el lado de tierra una muralla que la liberta de un golpe de mano.

Pronto salieron de todos lados una multitud de caiques en busca de los peregrinos: el trage, facciones, color, y lengua de los patrones de aquellos barquichuelos, me indicaron al instante la raza árabe y las fronteras del desierto. El desembarco se hizo sin desórden alguno, aunque con la apresuracion que era regular.

En fin, ví venir un barco con mi criado y tres religiosos que me conocieron por mi trage, y comenzaron á saludarme con el mayor afecto. Aunque eran españoles, y hablaban un italiano que me era difícil entender, nos abrazamos como verdaderos compatriotas. Bajé con ellos á la chalupa, y entramos en el puerto por un agujero abierto entre las rocas, y peligroso hasta para un caique. Los árabes que estaban en la orilla, se metieron en el agua hasta la cintura para sacarnos á hombro; y sucedió allí una cosa chistosa, pues como mi criado llevase un redingote blanquizco, siendo el color blanco señal de distincion entre los árabes creyeron que era el xeque; y así le llevaron como en triunfo, mientras que yo á causa de mi vestido azul tuve que acomodarme en los hombros de un miserable mendigo.

Pasamos en seguida al hospicio de los religiosos, que es una humilde casa de madera en el puerto; pero desde la cual se goza de hermosa vista sobre el mar. Los religiosos me llevaron primero á la iglesia, donde dieron gracias á Dios de haberles enviado un hermano: admirables establecimientos cristianos, por cuyo medio

el viagero halla amigos y favorecedores hasta en los países mas bárbaros.

Los tres religiosos que salieron á recibirme se llamaban los padres Juan Truylos Peña, Alejandro Roma, y Martin Alejano, y los cuales componian entonces toda la comunidad, porque el superior ó cura D. Juan de la Concepcion estaba ausente. Al salir de la iglesia los padres me llevaron á la celdita que me habian destinado, en la que habia una mesa con recado de escribir, una cama, agua fresca, y ropa blanca, lo cual no podia menos de ser muy grato á quien acababa de salir de un buque griego lleno de doscientos peregrinos. A las ocho de la noche pasamos al refectorio, donde hallamos otros dos religiosos que habian venido de Rama, é iban á Constantinopla, y eran los padres Fr. Manuel Sanchez, y Fr. Francisco Muñoz. Dijimos en comunidad el *Benedicite*, despues del *de profundis*, recuerdo de la muerte que el cristianismo mezcla con todas las acciones de la vida para hacerlas mas graves, así como los antiguos lo mezclaban en sus banquetes para dar mayor realce á sus placeres. Me pusieron en una mesita aparte y muy aseada, y me sirvieron aves, pescados, y exquisitas frutas, como granadas, sandías, uvas y delicados dátiles, con cuanto vino de Chypre y café de Levante quise tomar. Y mientras que de este modo se me regalaba, los pobres religiosos cenaban un poco de pescado sin sal y sin aceite. Se manifestaban alegres con decencia, y familiares con urbanidad; ni hacian preguntas inútiles y de vana curiosidad, pues solo se trataba de mi viage y de las

medidas que habia que tomar para que yo lo concluyese con toda seguridad, pues me decian: „Ahora respondemos de vos á vuestra patria.” Habian enviado un propio al xequé de los árabes de la montaña de Judea, y otro al padre procurador de Rama, y me decia el padre Muñoz: „Os recibimos con corazon *limpido é bianco*.” Inútil cosa era el que este religioso español me asegurase de sus sinceras intenciones, pues fácilmente lo conocia yo en el candor de su rostro y miradas.

Esta tan cristiana y caritativa acogida en una tierra en la que tuvieron su origen el cristianismo y la caridad; esta apostólica hospitalidad en unos parages en que el primer apóstol predicó el evangelio, me penetraban hasta el corazon, y me hacian acordar de que otros religiosos me habian recibido tan cordialmente en los desiertos de América. Y en esto tienen tanto mas mérito los religiosos de Tierra Santa, cuanto que ejerciendo la ilimitada caridad de Jesucristo con los peregrinos de Jerusalem, conservan para sí solos la Cruz que fué plantada en aquellos parages. Este padre del corazon *limpido é bianco* me aseguraba tambien que la vida que hacia cincuenta años llevaba allí, le parecia un *vero paradiso*. ¿Y quereis saber lo que era este paraíso? Malos tratamientos de continuo, violentas esacciones, y amenazas de palos, prision y aun muerte. Estos religiosos en la última fiesta de la pascua de Resurreccion hubieron de lavar la ropa del altar, y el agua impregnada de almidon corrió fuera del hospicio y blanqueó una piedra: pasó por allí á poco un turco, y reparando en la piedra, fué

á dar parte al cadí de que los padres habian compuesto su casa. El cadí vino al instante, y declaró que la piedra que era negra se habia puesto blanca, y sin escuchar las razones de los religiosos les sentenció á pagar diez bolsas. El dia antes de mi llegada á Jafa, un criado del agá delante de su mismo amo, amenazó al padre procurador del hospicio de que le ahorcaria; y el agá se estaba en tanto retorciendo los bigotes con suma sorna, sin dignarse decir una sola palabra en favor del *perro*, que así llaman ellos por desprecio á los cristianos. Y este es el verdadero paraíso de unos religiosos, que algunos viajeros aseguran que son como pequeños soberanos en la Tierra Santa, y que gozan de los mayores honores. A las diez de la noche me llevaron los padres á mi celda pasando por un claustro muy largo. Las olas azotaban con fuerza las rocas del puerto, lo que formaba terrible ruido, por manera que como la ventana estaba cerrada parecia una tempestad; pero así que se abrió vimos el cielo muy despejado, la luna clara, el mar sosegado, y el navío de los peregrinos anclado. Sonriéronse los religiosos de la sorpresa que aquello me causaba, y yo les dije en mal latin: *Para los religiosos este espectáculo es una semejanza del mundo; por mas que brame la mar, para ellos siempre son agradables las olas, porque para un espíritu sereno todo es tranquilidad.*

Pasé parte de la noche contemplando aquel mar de Tyro, que la Escritura llama el Mar Grande, y por el que iban las escuadras del rey profeta cuando traían los cedros del Líbano y la púrpura de Sidon; este mar donde

Leviathan deja huellas como abismos (1), este mar á quien el Señor puso límites y puertas (2), este mar que vió á Dios, temió y huyó (3). No era aquel bravo océano del Canadá, ni las risueñas olas de Grecia: hácia el mediodía se veía aquel Egipto donde el Señor entró en una ligera nube para secar los canales del Nilo y derribar los ídolos (4). Hácia el norte se elevaba aquella reina de las ciudades, cuyos mercaderes eran príncipes (5). „Ahullad, naves del mar, porque destruída fué vuestra fuerza.... herida está la ciudad de las vanidades: cercadas están todas sus casas y nadie entra en ellas.... porque los hombres que permanezcan en estos parages serán como aquellas aceitunas que quedan en el árbol despues de recogido el fruto, ó los racimos despues de la vendimia.” Y este ya es otro género de antigüedades explicadas por otro poeta, pues Isaías viene ahora á ocupar el lugar de Homero.

Ademas de esto, el mar que estaba contemplando bañaba á mi derecha los campos de Galilea, y á mi izquierda los valles de Ascalon: en los primeros hallaba yo las tradiciones de la vida patriarcal y del nacimiento del Salvador, y en los segundos los recuerdos de las cruzadas, y las sombras de los héroes del poema de la Jerusalen.

(1) Job.

(2) El mismo.

(3) Salmo.

(4) Isaías cap. XIX. 1.

(5) Id. cap. XXIII. 14. XXIV. 10. 15.

„Grande e mirabil cosa era il vedere

Quando quel campo, e questo à fronte venne:

Come spiegate in ordine le schiere,

Di mover già, già d'assalire aecenne.

Spurse al vento ondeggiando ir le bandiere

E ventolar su i gran cimier le penne:

Abiti, e frégi, imprese, arme, e colori

D'oro e di ferro, al sol lampi, e fulgori.”

„Grande y admirable cosa era el ver acercase de frente ambos campos, y como los batallones se colocan por su orden ansiosos de moverse y de combatir. Ondeán en el aire las banderas y los penachos sobre altas cimeras: relumbran y resplandecen con los rayos del sol las ropas, los bordados, las divisas, los colores y las armas de oro y de hierro.”

Y Juan Bautista Rousseau nos pinta en seguida las resultas de esta jornada.

Despues de tantos estragos, la Palestina vió, en fin, huir á sus enemigos cual las nubes ante el aquilon; y el voraz soplo del viento meridional apenas acabó de consumir sus huesos emblanquecidos en los campos de Ascalon.

Dolor me causaba el dejar de contemplar aquel mar que tantas y tan sublimes cosas me recordaba; pero fué menester ceder al sueño.

Al otro dia por la mañana, que lo era el 2 de octubre, llegó el padre Fr. Juan de la Concepcion, cura de Jafa y presidente del hospicio. Quise salir á dar una

vuelta por la ciudad y ver al agá, que me habia enviado un recado de atencion por mi llegada; pero me disuadió de ello el padre presidente, diciéndome:

„No conoceis á estas gentes: lo que os parece una atencion es una verdadera asechanza. Solo os ha enviado esa visita para saber quién sois, y si teneis riquezas que os puedan robar. ¿Quereis ver al agá? Será menester que le lleveis algunos regalos, y aunque no querais, os dará una escolta para Jerusalem: el agá de Rama aumentará esta escolta, y los árabes creyendo que un franco muy rico va en peregrinacion al Santo Sepulcro, aumentarán los derechos del cafaró, ú os acometerán. A las puertas de Jerusalem encontrareis acampado al bajá de Damasco, el cual ha venido á sacar las contribuciones ántes de partir á la Meca, mandando la caravana: vuestro séquito causará recelos á este bajá, y os sujetará á mil esacciones. Cuando llegueis á Jerusalem os pedirán tres ó cuatro mil piastras por vuestra escolta. Luego que el populacho sepa vuestra llegada, os acometerá de tal modo, que aunque tuviéseis millones no podríais contentarlos. Se llenarán las calles de gentes que no os dejarán pasar, y os esponeis á que os hagan mil pedazos ántes de llegar á los Santos Lugares. Seguid mis consejos: mañana nos vestiremos en trage de peregrinos é iremos juntos á Rama, donde tendré respuesta á mis cartas, y si es favorable partireis de noche, y llegareis con toda seguridad y á poca costa á Jerusalem.”

Apoyó el padre estas reflexiones con mil ejemplos, y entre otros, con el de un obispo polaco, á quien un ex-

terior demasiado rico estuvo á pique de costarle la vida dos años antes. Y solo refiero estas cosas para manifestar hasta qué grado de corrupcion han llegado en aquel desgraciado pais el ansia de oro, la anarquía, y la barbarie.

Confiado, pues, en la experiencia de mis religiosos, no salí del hospicio, en donde pasé todo el dia muy agradablemente en conversacion con ellos. Allí vinieron á visitarme el Sr. Contessini, que pretendia el vice-consulado de Jafa, y los señores Damiens padre é hijo, descendientes de Francia, y los cuales habian servido en S. Juan de Acre á Djeddar. Me contaron cosas muy curiosas sobre los últimos sucesos de Siria, y me hablaron de la fama que nuestros ejércitos habian dejado en aquellos desiertos. Cuando los hombres se hallan fuera de su pais, se alegran mucho mas de oirle celebrar que cuando están dentro; y así se ha visto que los emigrados franceses celebraban unas victorias, que parecian condenarles á perpetuo destierro de él (1).

Cuando volví de Jerusalem me detuve cinco dias en Jafa, y tuve tiempo de ver bien toda la ciudad; y aunque parece deberia dejar para entonces el hablar de ella, lo haré aquí para el órden de mi viage, ademas de que entonces no agradará tanto á mis lectores esta descripcion, por venir despues de la de los Santos Lugares. Jafa se llamaba antes Jope, lo que significa hermosa y graciosa,

(1) Lo mismo sucedió á Jacobo II cuando el combate de Hogue, no obstante que por él perdía un reino.

pulchritudo aut decor, dice Adrichômio. D'anville deriva el nombre actual de Jafa de una forma primitiva de Jope, que es Jafo (1); y advertiré con este motivo que en el pais de los hebreos habia otra ciudad llamada Jafa, que tomaron los romanos; por lo que tal vez se dió despues este nombre á Jope. Si hemos de creer á varios intérpretes, y aun al mismo Plinio, el origen de esta ciudad sube á la mas remota antigüedad, pues que dicen que Jope fué edificada antes del diluvio. Tambien se dice que en Jope fué donde Noé entró en el arca, y que luego que se retiraron las aguas y partió la tierra entre sus hijos, dió á Sem, que era el mayor, todas las tierras que dependian de la ciudad fundada por su tercer hijo Japhet. En fin, segun las tradiciones del pais, en Jope está enterrado el segundo padre del género humano.

Segun Poccoke, Shaw, y tal vez D'anville, Jope tocó en suerte á Ephraim, y formó la parte occidental de esta tribu con Ramlé ó Rama y Lydda. Pero otros autores, entre ellos Adrichômio, Roger, &c. ponen á Jope en la tribu de Dan. Las fábulas de los griegos se extendieron tambien hasta estas costas. Decian que Jope traía su nombre de una hija de Eolo, y en estas cercanías ponian el suceso de Perseo y Andrómeda. Segun Plinio, Scauro trajo de Jope á Roma los huesos de aquel monstruo marino que Neptuno envió contra ella. Pausanias dice que cerca de Jope se veía una fuente donde Perseo se lavó la sangre con que le habia salpicado aquel

(1) En Siria pronuncian Yafa.

monstruo, de donde provino que el agua de la fuente quedó teñida de color rojizo; y en fin S. Gerónimo dice que en su tiempo enseñaban aun las gentes del pais la roca y la cadena adonde suponian habia estado atada Andrómeda.

En este puerto entraban las escuadras del rey Hyran, que venian cargadas de cedros para el templo de Salomon, y aquí fué donde se embarcó el profeta Jonás, cuando huía de la ira del Señor. Jope fué tomada cinco veces por los egipcios, los asirios, y los diferentes pueblos que guerrearon contra los judíos, antes que los romanos pasasen al Asia. Fué luego una de las once Toparchias donde se adoraba el idolo Ascarlen. Judas Macabeo quemó esta ciudad, porque sus habitantes habian degollado doscientos judíos. Estando en ella S. Pedro resucitó á Tabitha, y habitando en casa de Simon coriario, ó el zurrador, recibió á los que habian venido á verle desde Cesarea. Al principio de la guerra judaica, Jope fué destruida por Cestio. Habiendo unos piratas vuelto á levantar sus murallas, Vespasiano la destruyó de nuevo, y puso guarnicion en la ciudadela.

Hemos visto que Jope duraba aun dos siglos despues, en tiempo de S. Gerónimo, quien la llama Jafo, y con toda Siria sufrió el yugo de los sarracenos. Tambien hallamos noticias de ella en los historiadores de las Cruzadas. El anónimo que comenzó la coleccion *Gesta Dei per Francos*, cuenta que hallándose el ejército de los cruzados bajo las murallas de Jerusalem, Godofredo de Bouillon envió á Raymundo Pilet, Acardo de Mom-